

# APROXIMACION A LA EPOCA DEL MALESTAR

EDUARDO HARO TECGLLEN

LOS pronósticos son malos. Generalmente, un pronóstico es una forma de registrar una serie de acontecimientos que se han producido ya y darles una significación con relación al futuro. Los hechos que se están produciendo en la situación mundial son reiteradamente malos: los intentos de solución, las salidas cortas y provisionales que se van intentando, no tranquilizan. La medida del malestar es subjetiva; se refiere a una situación anterior, incluso a un grupo de situaciones históricas anteriores, en las que no solamente había un cierto bienestar —en las sociedades occidentales en que vivimos—, sino unos proyectos de bienestar mayor para todo el mundo. Había unas ideologías, unos modelos que no se sabía aún que eran utópicos. Si se consiguiera una objetividad para el análisis de nuestro tiempo veríamos que, salvo unos factores determinados, no es peor, sino bastante mejor que algunos próximos pasados. Europa occidental vive generalmente una situación social infinitamente mejor que cuando comenzó el siglo, cuando todavía sobrevivían los enormes ghettos para obreros que contaban en sus obras Dickens y Zola, las represiones morales son mucho mejores que en los tiempos de Ibsen o Strindberg; el terrorismo está lejos de ser un fenómeno nuevo; los países pobres a pesar de su inestabilidad y de sus frecuentes tiranías, están por encima de lo que fue su trágica condición humana de la época de las grandes colonizaciones y la URSS y los países comunistas, a pesar de todo, ya no viven como vivieron en la época de Stalin: hace unos años era impensable una situación como la de Polonia (tan impensable que no pudo suceder en Hungría ni en Checoslovaquia). España misma tiene unas formas de convivencia y de humanidad mucho mejores que en la época galdosiana; y desde luego, pese a todo, que en la época franquista. País por país, salvo algunas excepciones, el presente es mejor que el pasado.

Pero hay, como queda dicho, algu-

nos factores propios de nuestro tiempo que no han conocido los anteriores, y que producen el malestar, la sensación de malestar colectivo; y los malos pronósticos. Uno, y poderoso, es la noción de que este camino hacia mejor que todavía prevalece sobre épocas pasadas se estancó en un punto dado y a partir de entonces ha comenzado a retroceder. Tenemos el miedo de volver a situaciones tenebrosas anteriores. Los datos que se nos dan son continuamente pesimistas; y no son solo los datos, sino algo que percibimos en nuestras vidas. No hay excepciones, aunque hay una relatividad de la percepción. Este malestar del retroceso aprieta en la misma proporción al financiero de Somosaguas que al negro de Namibia, aunque uno y otro estén separados por miles o quizá millones de unidades de bienestar: se sienten retroceder.

Otro factor enteramente nuevo es el de la guerra nuclear. Ha pasado a formar parte del peor lugar donde puede encontrarse una sensación: el subconsciente. La historia del malestar nuclear ha tenido una época grave, que fue la de la guerra fría anterior; una acomodación, en la que nos hicimos —o nos hicieron— la composición de lugar de que su propia enormidad la hacía definitivamente imposible, y esta tercera etapa en la que nos encontramos: la de la convivencia con este malestar subconsciente que aflora en ciertos momentos, que es patológico ya en el comportamiento de la sociedad humana. Cualquier situación local nos la plantea —Afganistán, Polonia, Irán, Reagan, China, una enfermedad de Brejnev— y numerosas noticias y pequeños rasgos de la vida cotidiana la evocan inmediatamente —el vuelo de un avión militar sobre nuestras cabezas, una sesión de la OTAN, un ensayo atómico subterráneo—. Es una sensación colectiva, de especie. Es evidente que al ciudadano que va inevitablemente a la muerte le debe dar igual un cáncer pulmonar que un relámpago atómico, y quizá este último sea preferible como salida; pero la sensación de especie en peligro

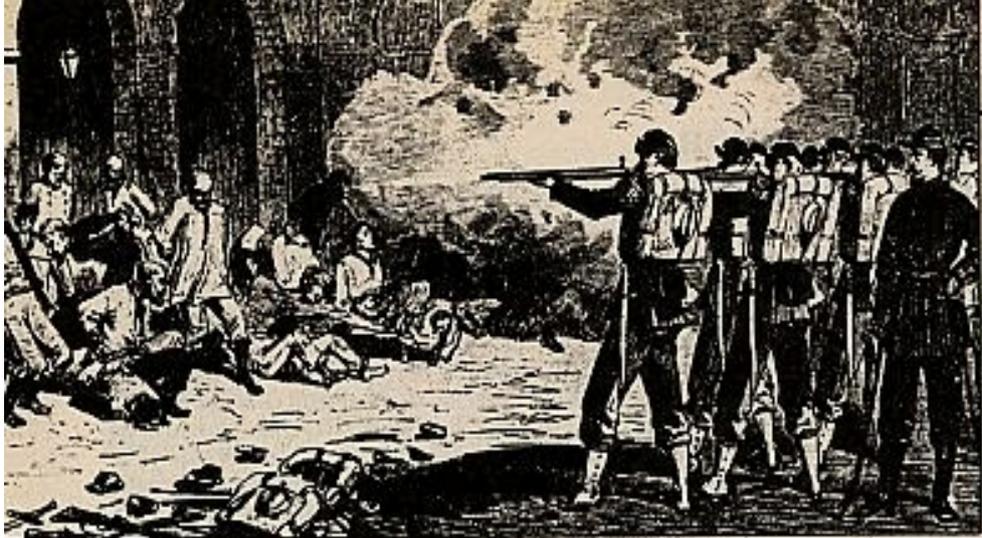


Barrio obrero de Londres en el siglo XIX.

comunica una situación de angustia distinta.

Otra angustia de especie es la del crecimiento demográfico en multiplicación geométrica. Cuando lo esbozó por primera vez Malthus era una formulación tan abstracta, tan lejana, casi tan astronómica, que produjo sobre todo indignación y burlas. El habitante de las grandes ciudades sabe ya que ni se cabe; sabe lo que es el tráfico, el hacinamiento, la polución, la agresividad del tumulto. Se vuelve contra la ciencia y contra la técnica, en diversos movimientos: es otro factor que se ha estancado y que va en el camino del regreso. No tanto en su realidad intrínseca, sino en cuanto a su capacidad para modificar la calidad de vida. Es una sensación.

Todos estos datos son perceptibles. Los nota cada uno en sí mismo y en



*Si se consiguiera un análisis objetivo de nuestro tiempo veríamos que, generalmente, es mejor que algunos próximos en el pasado. En la foto: fusilamiento de miembros de La Comuna de París, en el patio del cuartel de Lobau.*

sus próximos. Se han convertido en un pesimismo colectivo que apenas tiene límites geográficos o de clases sociales. Somos apocalípticos. Hablamos frecuentemente del fin del mundo. Lo relacionamos con grandes temas —la guerra nuclear— o con las mil amenazas que se desploman sobre nosotros: las sustancias cancerígenas, los accidentes de tráfico, los meteoros que desbordan las previsiones científicas —basta una gran nevada, como hace semanas en España, para que se perciba una sensación de caos y de impotencia absolutamente desmedidas en cuanto a la realidad del mal—, el navajero de la esquina. Se tiene la noción de que vivir es algo enormemente peligroso.

Con toda esta percepción, el ciudadano ha dejado de saber a que atenerse. A medida que los dogmas, los fanatismos, las verdades impuestas van retrocediendo, las apreciaciones de la realidad se hacen más difíciles. Cualquier tema produce la perplejidad. Polonia, por ejemplo. En el movimiento de la conciencia liberal, que abarca a los comunistas europeos por uno de sus extremos, los sucesos polacos han sido satisfactorios y enaltecedores de una revuelta de la dignidad humana frente a una forma de opresión interior y de dominio exterior. Pero la visita de Walesa al Papa, y precisamente a este Papa que representa para muchos la forma de retraso más singular de los últimos años en las sociedades católicas, produce ya un grave desconcierto. Y el miedo a que detrás de esa revuelta de la dignidad y la necesidad haya otras fuerzas menos puras; y a que los protagonistas estén cambiando simplemente de dogma. O el caso del Irán: la revuelta contra una tiranía que se sustituye por otra, y que destruye unas libertades de costumbres que el pensamiento liberal —en el mejor sentido de la palabra— ha tardado siglos en conquistar: la de las relaciones humanas, la de la garantía jurídica de los acusados. Otras revoluciones se empañan. Muchas fracasan

por imposibilidad, por utopía en su planeamiento.

La posición lógica sería la de simplemente juzgar lo bueno y lo malo —desde el punto de vista de las libertades o del progreso del humanismo— como hechos que conviven y que caracterizan unos a otros. Como cualquier situación histórica, el movimiento polaco tiene unos hechos positivos y otros negativos. Como la revolución cubana o como la gran modificación política china. Pero eso no es satisfactorio. El ciudadano que percibe los acontecimientos y los análisis profesionales de esos acontecimientos no tienen todavía la personalidad psicológica —sobre todo en España, tan sometida a totalitarismos culturales y mentales durante años— como para asimilar esa realidad como el producto de unas transiciones: quiere, simplemente, estar a favor o en contra, y no puede hacerlo. Pasa de un estado de opinión a otro. Y no sabe a que atenerse.

Eso le sucede, entre otras cosas, porque en los últimos años ha aprendido a identificarse con todo; le han explicado, y ha percibido, que nada que suceda en cualquier parte del mundo le es ajeno. Hay un golpe militar en Turquía, que tiene una larga historia de golpes militares, y el español percibe que puede ser una aproximación a una dictadura en España. Hay un suceso entre Libia y Chad —una guerra que termina con un proyecto de fusión— y el ciudadano del mundo piensa en cómo repercutirá eso en el petróleo que consume y en los precios que suben. Un accidente de aviación en Portugal ¿podría cambiar la política en la otra parte de la península? Llega un Nuncio nuevo —Monseñor Innocenti— y se piensa en sus consecuencias sobre el divorcio y la enseñanza pública. El ciudadano comienza a sentirse como una parte en un todo que no domina. Los centros de decisión van dejando de estar en su proximidad: se alejan cada vez más de su posibilidad de influencia. Al español le sucede precisamente cuando le

habían dicho ya que su voto, su partido, su periódico, su participación, iban a darle más posibilidades de crear su propio destino. Y una vez más se le va de las manos.

La necesidad de una fragmentación de los sucesos comienza ya a aparecer en el pensamiento europeo. Schmidt y Giscard, y al mismo tiempo la izquierda general —por otras vías— hablan de la divisibilidad de las crisis, de la necesidad de hacer compartimientos en los temas de la coexistencia; pero los Estados Unidos se oponen, sobre la idea de que el mundo es un todo; y Reagan es elegido presidente, y ha comenzado ya sus funciones, defendiendo esa teoría. Se percibe, evidentemente, que los Estados Unidos tienen suficiente fuerza y están implicados en el mundo entero como para percibir claramente esa totalidad y, lo que es más grave, para imponerla. Los aliados europeos de Estados Unidos consiguieron sujetar a Carter en la enormidad de la crisis afgana, que se desbordaba; pero se teme que en un caso parecido —o en el mismo caso, que puede reverdecer— no les sería tan fácil contener a Reagan, a Kissinger, a Haig, o a la máquina militar de los Estados Unidos que, finalmente, es la que ha terminado por influir más en la política de Estados Unidos.

La noción de que todos los acontecimientos del mundo le afectan y, al mismo tiempo, que no puede asumírselos mentalmente todavía, que no tiene capacidad para hacer juicios nítidos y que, finalmente, no sabe bien lo que le conviene personalmente en cada caso, está en la base de la producción de malestar y termina ofreciendo reacciones neuróticas. Una de ellas es la del escepticismo y el abandono; otra es la de la exaltación del individualismo y del problema propio como centro del mundo. Quien no puede enfrentarse o asumir siquiera a los nuevos profetas de lo irracional, Wojtyla o Jomeini, termina convirtiéndose en profeta de sí mismo y de su propia vida. Una especie de «sálvese el que pueda». Desgraciadamente esta situación no se limita a los ciudadanos que prefieren vivir sobre opiniones recibidas, sino que afecta a los jefes políticos, a los intelectuales. Disputan por pequeñas querellas, por asuntos personales o casi de protocolo; se inhiben como pueden de los grandes

## APROXIMACION

temas. Lo cual redundaba en el desconcierto y el abandono de los otros. La reacción de los que prefieren no enterarse, y rehuyen los medios de información, o desconfían de ellos, es también característica de una sensación de impotencia.

Con todo ello estamos viviendo en una sociedad agresiva, desconfiada, hiriente y asustada. Estas situaciones han producido, a veces, en la historia, las grandes guerras. Se han llamado «guerras resolutivas»; y se ha llegado finalmente a la conclusión de que jamás resolvieron nada sino que, por el contrario, crearon el germen para la siguiente. Cada vez mayores, hasta casi la guerra infinita que se dibuja ahora y para la que hay toda clase de posibilidades en materia de armamentos. Se buscan desesperadamente otras salidas por medio del regreso a lo anterior: es una busca mítica, que tiene algo que ver con el viejo intento faústico de la recuperación de la juventud y que nunca se logra. Hay quien lo busca en Hitler, quien lo busca en Stalin. Francia buscó una vez su mito de resurrección en De Gaulle: terminó en mayo de 1968, que a su vez representaba otra mitología que ahora hay quien busca otra vez. Estados Unidos la buscaron en Nixon, que había sido muchos años antes vicepresidente —realmente ejecutivo— con Eisenhower: terminó en la catástrofe del Vietnam y en la aún peor —moralmente— del Watergate. Lo busca ahora en Reagan, que es un superviviente de la gran época de la guerra fría. Como la Unión Soviética sigue buscando en los supervivientes, ha comenzado a buscar entre los que quedan de la guerra civil. Para reverdecer la juventud que fue en octubre de 1917. Polonia la busca en el catolicismo de antes del comunismo. Como unos españoles la buscan en Franco, y otros en la II República.

Todo esto, naturalmente, no es viable. No tiene sentido; o el sentido que tiene es aberrante. Pero son etapas, son fragmentos de una larga historia.

Los pronósticos, en fin, son malos. Estamos en un largo período de malestar, a pesar de que la época en sí no es tan mala como otras de la historia pasada. Probablemente su final, y el comienzo de una nueva aceptación, comenzará cuando ciertas verdades que ahora conocemos comiencen a tener una penetración en la vida pública, cuando se pueda abandonar el mito de las sociedades antiguas, cuando se pierda el lastre de las civilizaciones pasadas y tengamos una idea concreta de la nuestra. Para todo ello pueden ser necesarios algunos siglos y algunas catástrofes. ■ E. H. T.

30 triunfo

## Conversación con Juan Luis Cebrián

Juan Luis Cebrián, director de «El País», nació en Madrid hace treinta y seis años. Es hijo del periodista Vicente Cebrián, que fue director de la agencia oficial Pyresa y del Servicio de Información Sindical. Estudió Cebrián el bachillerato en el colegio madrileño del Pilar, semillero de tantas jóvenes personalidades de la vida española. Luego cursó periodismo, filosofía y derecho. Ha sido redactor jefe de «Pueblo», subdirector de *Informaciones*, director de la revista *Gentleman* y jefe de los servicios informativos de TVE, durante la después frustrada apertura de Pío Cabanillas. Dirigió ya *El País* cuando el diario apareció el 4 de mayo de 1976 y ahí sigue junto al presidente José Ortega Spottorno, el consejero delegado Jesús de Polanco, el asesor de publicaciones Jesús de la Serna, los subdirectores Martín Prieto y Augusto Delkader y un centenar de excelentes profesionales. Cebrián, viejo luchador joven por la democratización y modernización de la sociedad española, ha publicado recientemente dos libros de éxito: *La prensa y la calle* (Editorial Nuestra Cultura) y *La España que bastaba* (Taurus). Conversamos en su despacho del periódico, junto a cuadros de Cillero, José Luis Verdes, Nicolás Gless, Rafael Alberti, Canogar, una carta autógrafa (como todas las suyas), de Vicente Aleixandre enmarcada, fotos de Cebrián con Suárez, García Márquez, Giscard, Ceausescu, López Portillo, una máquina de escribir Olympia, una mesita con premios concedidos al periódico y a su director, etc... En el suelo hay cuatro cajas de juguetes ingleses.

# EL PADRE DEL PAIS

VICTOR MARQUEZ REVIRIEGO

**A** CABAS de llegar de Londres y antes estuviste en Lisboa. Eres compadre de Pinto Balsemao.

—Padrino de la primera hija del segundo matrimonio.

—¿Cómo surgió esta amistad?

—Profesionalmente. Le conocí el año sesenta y ocho en Estrasburgo, en la Escuela Internacional de Periodismo. Yo estaba en *Informaciones* y él estaba en el *Diario Popular* de Lisboa. Fuimos a hacer un curso sobre concentración de empresas periodísticas y sociedades de redactores y nos conocimos allí, estuvimos juntos en el mayo del 68 en París... Y a partir de ahí hicimos muy buena amistad que se ha estrechado y luego fui padrino de Joana, su tercera hija...

—¿No te tienta ese ejemplo de paso del periodismo a la política?

—Hombre: me tienta, pero rechazo las tentaciones. Además, el ejemplo suyo es muy relevante porque él es jefe de gobierno y esa es una tentación que desde luego no se me ha pasado por la cabeza.

—Tú tienes ahora treinta y seis años. ¿Qué se puede ser en esta profesión después de ser director de «El País»?

—Pues se puede ser corresponsal de

*El País*, comentarista de *El País*...

—Siempre en «El País».

—O en otro periódico. Este país es muy malo para eso, porque se llevan a veces los contenciosos profesionales o la competencia profesional a temas personales. Yo le tengo a *El País* un cariño especial y además con él me siento muy identificado y si tengo que abandonar la dirección me gustaría seguir escribiendo en él. Pero si no pudiera, no me importaría... vamos, es que necesitaría trabajar en otro periódico para ganarme la vida.

—¿Influyó el que tu padre fuera periodista para que te dedicaras a esta profesión?

—Yo, en el colegio hacía siempre revistas. Quizá porque mi padre era periodista me asignaban siempre ese papel y desde periódicos murales hasta revistas de clase siempre he estado envuelto en el mundo éste. Yo lo que quería era ser cura.

—¿Ser cura?

—Sí. No fui nunca al seminario. Yo era muy católico, era congregante. Entonces al terminar el bachillerato le dije a mi padre que quería ser cura y me dijeron que bueno, pero que antes pasara por la Universidad y yo tam-

Febrero 1981